

opinión

Punto de vista

Nuria Chinchilla y Maruja Moragas

Profesoras del IESE

Liderar la trayectoria vital

Liderar la trayectoria vital en todos los ámbitos —personal, familiar, profesional y social— es una tarea que se extiende a lo largo de toda la vida y que implica dirección y gobierno. Tiene sentido cuando existe un *para qué* vivir, lo cual a menudo no es fácil de delimitar, porque comporta autoconocimiento previo, identificar nuestra misión y priorizar los roles que tenemos que llevar a cabo. Cuanto más específico, completo y realista sea nuestro autoconocimiento y los objetivos que tenemos en nuestra profesión y familia, menos incierta y más estable será nuestra vida, y así lo transmitiremos a los demás. Sabemos que nunca acertaremos del todo, y que siempre habrá un margen de maniobra. Si nos conocemos y sabemos a dónde vamos, aunque nos desviemos o haya cambios en el camino, podremos rectificar y volver a él, estabilizándonos de nuevo. Sin embargo, si vivimos sin norte, quizás podamos pasar buenos ratos, pero sin proyecto ni destino estaremos más sometidos a altibajos, a las influencias del entorno y a posibles naufragios.

Vivir la vida requiere un cierto valor. Es el mayor reto con el que podemos enfrentarnos y el más difícil de los liderazgos. Los verdaderos líderes no nacen, sino que aprenden a serlo y lo consiguen gracias a sus esfuerzos personales para gobernarse a sí mismos. A través de un largo proceso van adquiriendo la difícil capacidad de dirigir su vida moviéndose por los demás. Lo esencial en el liderazgo es que el líder sea ejemplar en su modo de ser y de comportarse, ya que es un referente de la forma en que deben hacerse las cosas y de cómo deben tratarse las personas.

Para liderar y conciliar todos los aspectos de nuestra

vida —trabajo, familia y sociedad— se tiene que empezar por conciliarnos con nosotros mismos. Tenemos que determinar nuestras competencias, saber en qué somos buenos y en qué no, pues si no avanzamos, retrocedemos. El autoconocimiento comporta que vayamos pasando nuestros puntos fuertes y débiles de un estado de inconciencia a otro de conciencia. Y esto sólo se logra cuando estamos abiertos al *feed-back* que recibimos constantemente de las personas que tenemos alrededor. Cuando ya sabemos hacia dónde dirigir los esfuerzos, el siguiente paso será pasar a la acción y desarrollar nuestro potencial, poniéndonos metas alcanzables para ir lográndolo. Como la tarea no es fácil hace falta un entrenador o *coach*, o sea, alguien que nos ayude a desarrollar esas competencias y que nos muestre cómo podemos mejorar esa dificultad que tenemos, por ejemplo, al escuchar.

El guía o *coach* debe ser una persona experimentada que conozca muy bien la naturaleza humana, de lo

contrario nos enredará aún más. Este papel de espejo lo realizan muchas personas a lo largo de nuestra vida. Cuando somos niños, el padre y la madre son nuestros principales *entrenadores*. También puede ser nuestro *coach* un buen amigo, un sacerdote o el marido para su mujer y viceversa. Ellos nos ayudan en la labor de crecer en libertad y ser más capaces de hacer lo que nos proponemos, porque vemos que vale la pena. Con su apoyo conseguimos pasar de realizar lo que nos apetece en cada momento a hacer lo que más conviene para nuestro desarrollo profesional, familiar y personal, lo cual repercutirá en nuestra felicidad y en la de los demás.

